

FRANÇOIS OST

Traducir

Defensa e ilustración
del multilingüismo



SECCIÓN DE OBRAS DE LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS

TRADUCIR

Traducción de
YENNY ENRÍQUEZ

FRANÇOIS OST

TRADUCIR

DEFENSA E ILUSTRACIÓN
DEL MULTILINGÜISMO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en francés, 2009
Primera edición en español, 2019
[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Ost, François

Traducir. Defensa e ilustración del multilingüismo / François Ost ; trad. de Yenny Enriquez. — México : FCE, 2019

439 p. ; 23 × 17 cm — (Colec. Lengua y Estudios Literarios)

Título original: Traduire. Défense et illustration du multilinguisme

ISBN 978-607-16-6498-3

1. Traducción e interpretación – Filosofía 2. Traducción e interpretación – Historia
3. Traducción e interpretación – Metodología 4. Lingüística – Ensayo – Traducción I. Enriquez, Yenny, tr. II. Ser. III. t.

LC P115.088

Dewey 418.02 O785t

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

© 2009, Librairie Arthème Fayard, París

Título original: *Traduire. Défense et illustration du multilinguisme*

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6498-3 (rústico)

ISBN 978-607-16-6607-9 (electrónico-pdf)

Hecho en México • *Made in Mexico*

Sumario

| | |
|------------------------------------|----|
| <i>Prólogo: El arca y la torre</i> | 11 |
| <i>Agradecimientos</i> | 23 |

BABEL

| | |
|---|----|
| I. <i>Babel narrado: el mito fundador</i> | 27 |
| II. <i>Babel abolido: lenguas perfectas y otras lenguas imaginarias</i> | 74 |

DEFINICIONES

| | |
|--|-----|
| III. <i>Dicho de otro modo: lo que quiere decir traducir</i> | 113 |
| IV. <i>La traducción: primero y sobre todo interna</i> | 136 |

REFUTACIONES

| | |
|---|-----|
| V. <i>La objeción prejudicial de “intraducible”... ¿Han dicho “intraducible”?</i> | 159 |
| VI. <i>Segunda mano, mano de obra. El estigma de la auxiliaridad</i> | 180 |
| VII. <i>La reducción léxica</i> | 193 |

MÉTODOS

| | |
|---|-----|
| VIII. <i>En el taller del traductor</i> | 227 |
|---|-----|

ÉTICAS

IX. *La séptima ciudad: la traducción* 277

POLÍTICAS

X. *La política de Babel. Los Estados, las lenguas y la traducción* 301

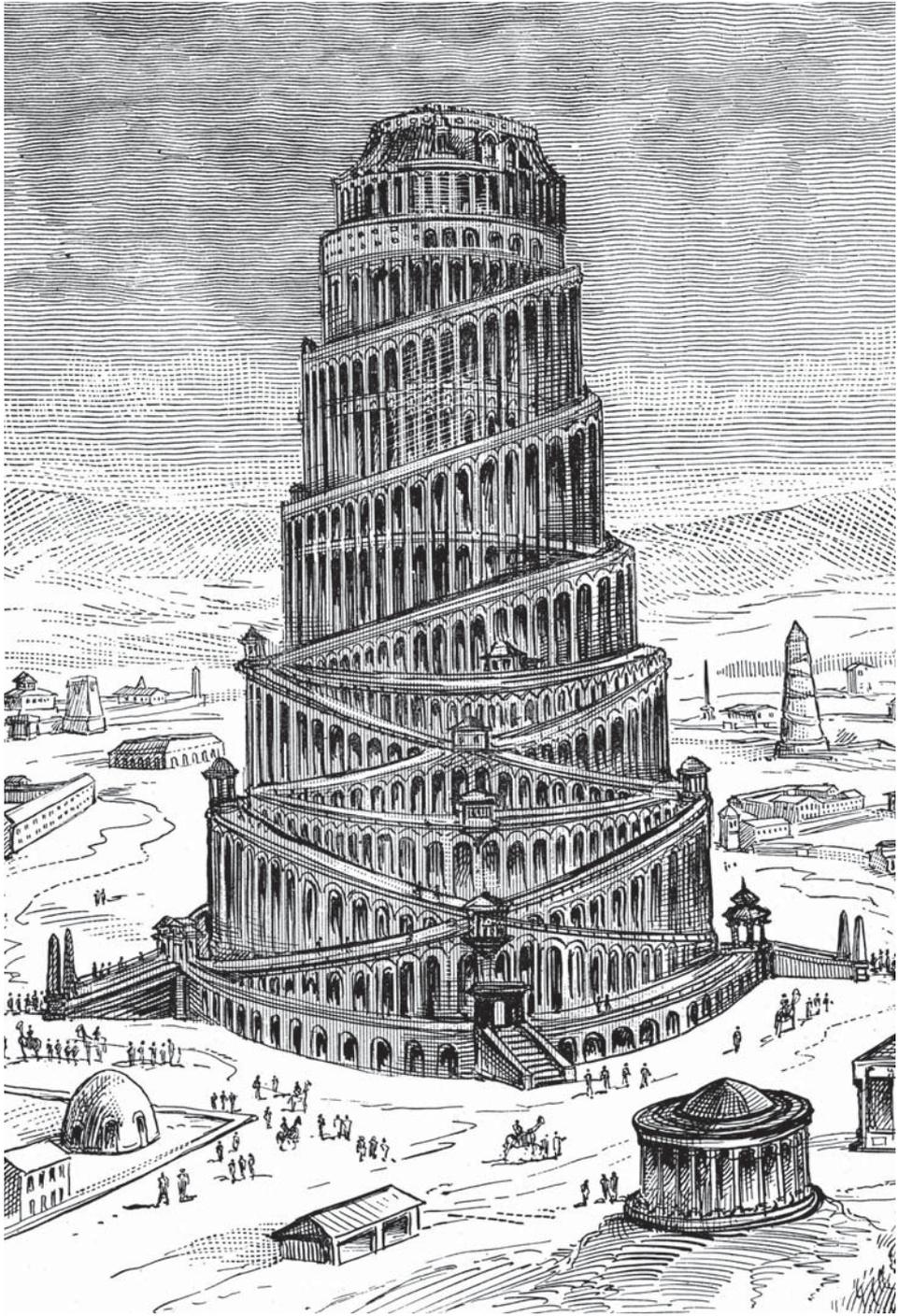
A MANERA DE CONCLUSIÓN

XI. *La traducción como paradigma. El derecho como ejemplo* 375

Epílogo 413

Bibliografía 417

Índice general 437



PRÓLOGO

El arca y la torre

En aquellos días los hombres fueron presas de un gran temor. ¿Y si Dios volvía a abrir las compuertas del cielo y ahogaba a la humanidad de una vez por todas? Pues ¿qué podían valer las promesas de un Dios impredecible y celoso?

Por eso, se dispusieron a construir una gran torre, que sería tan alta que rebasaría al propio monte Ararat. A partir de ese momento los hombres no pararon de apilar tan rápido como podían los pisos de la pirámide. En toda la llanura resonaba el eco de su trabajo, y por todas partes se levantaban polvaredas de su enladrillar. Interminables cohortes de obreros subían ladrillos y betún a lo largo de rampas en forma de remolino que ya comenzaban a perderse entre las nubes. Inflexibles capataces imponían el ritmo bajo el mando de Nemrod, el guía inspirado, hábil en el arte de alimentar los miedos.

Sin embargo, no todos participaban en la construcción; algunos se resistían al reclutamiento generalizado; a decir verdad, nunca habían perdido la confianza. Otros buscaban su salvación en el movimiento; cada año se ausentaban durante largas trashumancias, iban y venían en sus camellos, rodando y tambaleándose a lo largo de las dunas. Disgregados, luego juntos y más adelante otra vez disgregados, hijos del viaje sin ningún apego que los retuviera. Desafiaban las consignas y hablaban alegremente en su dialecto; así, enriquecían su lenguaje con todas las agudezas que recogían en el curso de sus periplos.

Fieles a la memoria del abuelo, habían conservado el proyecto del arca de madera y se preparaban para volverse a embarcar. Como la tierra se había vuelto irrespirable, ahora se irían al mar. Altamar, el mar abierto, lo desconocido; pues lo conocido se había vuelto insoportable. *Mare liberum*, el espacio de los hombres libres, liberados del exceso de sí mismos. Eran peregrinos: eran como Europa montada en el toro, como Ulises en su barco, como Jasón y los Argonautas en busca del imposible vellocino de oro; eran Eneas, a quien

Virgilio y luego Dante llevaban lo mismo al infierno que al paraíso; eran los astronautas que en 1972 lanzaron al manto estelar, como piedra de Rosetta, una grabación en 14 lenguas con destino a otros pueblos del universo.

Los años pasaban y la sombra de la torre se había extendido hasta el oriente. Para el afanoso pueblo, sin embargo, aún no era suficiente: “Vamos —se decían unos a otros—, ¡ea, trabajemos más y hagamos más ladrillos! Que el betún olo-roso corra a chorros y, entre más rápido, más pronto aseguraremos la construcción de nuestra torre”. A decir verdad, hacía tiempo que el objetivo de la empresa se había olvidado: ahora la torre se justificaba por sí sola. El guía inspirado envejecía junto a ella, desterrando cualquier otro lenguaje que no fuera el de los números alineados. Y así iban por todos lados repitiendo las consignas de aquella creencia. Además, para ganar tiempo y ahorrar energía, ya nunca descendían a la llanura, acampaban en la cima, mientras trabajaban en la obra, y peor para aquellos, cada vez más numerosos, que no lograban seguir el ritmo.

Los nómadas habían aprendido a desconfiar de ese valle inundado de sombra y polvo. Seguían su camino, navegando sobre las pistas de la infinita red de sus deseos. Iban a la aventura, en busca de sí mismos, expuestos al extranjero que, sin embargo, guardaba la promesa de la ley sagrada de la hospitalidad. El movimiento de los astros los guiaba en esos viajes de larga duración, como un texto extraño y bello, escrito en el mismo cielo.

Un cúmulo de voces salía de sus alegres caravasares: toda una humanidad abigarrada se mezclaba en el azar de los vivaques; también una fauna improbable, como aquella que había reunido el abuelo en su arca. Hombres y bestias, machos y hembras, jóvenes y viejos, todos cohabitaban bien que mal como en el primer día. Había una confusión extraordinaria entre arranques de cólera excesivos y grandes carcajadas; malentendidos memorables y auténticos hallazgos; gritos, gestos, cuchicheos; jugaban con las palabras, intercambiaban tesoros, buscaban esposa entre los clanes extranjeros. El mestizaje se daba por doquier y la vida crecía en ese palpitante crisol.

Pero, entonces, ¿qué monstruo habitaba la torre como para que un silencio tan insoportable terminara por aplastarla? ¿Cuál era el Minotauro devorador en ese vertiginoso laberinto? Los hombres ya casi no se hablaban y apenas si se movían. Pálidos y esqueléticos, condenados al trabajo forzado como esclavos, algunos seguían repitiendo los mismos movimientos mecánicos: ladrillo sobre ladrillo, y un poco de betún. Otros parecían rumiar una interminable letanía cuyo sentido se evaporaba al momento. Su discurso se había vuelto tan

unívoco que ya no era más que un soliloquio interminable; hubieran querido escapar de esa prisión, pero ya ni siquiera disponían de las palabras para articular ese pensamiento. Aquel que debió haber sido el lenguaje único de toda la tierra no era más que un silencio mortal. Los siete gigantescos niveles de su zigurat no los condujeron al cielo que se les había prometido, sino más bien a una fosa que ellos mismos cavaron y no había nada que los detuviera para no caer en ella. Entonces, el texto bíblico dice: “Dejaron de edificar la ciudad”.

Lejos de ahí, los nómadas se maravillaban, después de las lluvias, con los arcoíris que de vez en cuando coloreaban su horizonte. En sus siete colores tornasolados se complacían en leer los símbolos de la palabra mestiza. Y esa tarde, otra vez, emprendieron su camino.

Tres hechos constatados

- Al norte de Irak, en las proximidades del Éufrates, no lejos de una aldea llamada Babil, se encontró una enorme fosa pantanosa de forma cuadrada, de 91 metros de lado.
- En la actualidad se hablan aproximadamente 6000 lenguas alrededor del mundo. El auge de internet ha contribuido a su conservación y desarrollo más que a su extinción.
- En hebreo moderno se utiliza el mismo término para referirse al arca, a la cuna de Moisés y al atril donde se colocan los rollos de la Torá. De ese modo, están relacionados el viaje, la aventura histórica al borde del agua y el comentario inagotable de las Escrituras. Tres modalidades de la traducción: pasaje de un río a otro, descenso de la corriente desde la fuente textual hasta el altamar de los intercambios intertextuales y creación del vínculo social a través de la multiplicación de los intercambios verbales.

Una alternativa costosa

A pesar de los años, seguimos viviendo en la nostalgia suscitada por aquello que consideramos la catástrofe de Babel. Cada vez que se trata de la lengua, y *a fortiori* de la traducción, parece como si siguiéramos fascinados por la lengua adámica que precedió a la dispersión, e inconsolables por hallarnos condenados desde entonces a la traducción. Lo dijo el poeta Mallarmé: “Imper-

fectas las lenguas, dado que varias, falta la suprema”; pero también lo han dicho el lógico, el matemático, el teólogo, el político... todos aquellos que están en busca de la lengua perfecta.

Numerosas civilizaciones comparten mitos equiparables a la historia de Babel, ya sea que se trate de un error catastrófico que se haya cometido (el hombre que, por descuido, abrió una caja de Pandora y liberó un caos lingüístico), o bien, de la venganza de los dioses por alguna falta cometida (los aborígenes de Australia, los tailandeses y los mayas tienen versiones muy similares).¹ En todos los casos el relato traduce la fascinación por una lengua original única, *Ursprache* —la misma en la que Dios y Adán habrían conversado en el Paraíso—; la lengua verdadera que aseguraría una comunicación transparente y sin residuos, el mismo verbo que Dios habría pronunciado para nombrar cada cosa según su esencia.

De este relato fundador deriva una cantidad de representaciones que, reunidas, forman lo que podría llamarse el “sentido común lingüístico”, una especie de “vulgata”² colmada de ideología y de mala metafísica, responsable de un sinfín de malas interpretaciones relativas al lenguaje, a la escritura y a la traducción.

De modo que todavía hoy seguimos sometidos al siguiente dilema: la lengua única o el repliegue en los idiolectos particulares; la adopción de una lengua universal común (justificada por la eficacia y la racionalidad), o bien la adhesión a una lengua nacional determinada (justificada por la dignidad y la identidad). Sin embargo, esta alternativa es costosa, ya que consolida el rechazo al intercambio y conduce de manera tendenciosa a la reducción de las potencialidades del significado. Además, y por fortuna, este escenario es engañoso, pues la experiencia nos ha enseñado que cualquier lenguaje único nunca tarda demasiado tiempo en “babelizarse”. Éste es, al parecer, un aspecto de nuestra condición de seres lingüísticos: no poder escapar a una ley de

¹ M. Yaguello, *Les Langues imaginaires*, Seuil, París, 2006, p. 33; G. Steiner, *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, 3ª ed., trad. de Adolfo Castañón y Aurelio Major, FCE, México, 2001, p. 78.

² En francés *vulgate*, con “v” minúscula, tiene un sentido peyorativo y se refiere a una corriente de pensamiento popular. En esta obra el autor habla de una “vulgata lingüística” y el concepto adquiere una dimensión histórica al recoger una serie de creencias —míticas, literarias, filosóficas— en torno al ideal de una lengua perfecta, sin pérdidas ni residuos. Esta creencia común, que implica el riesgo de reducir la multiplicidad de lenguas y contener su fuerza creativa, ha orientado, en muchos momentos, las reflexiones sobre la traducción y ha repercutido en su práctica a lo largo del tiempo. Por la centralidad del término *vulgate* en una obra que defiende el contacto entre lenguas, la fecundidad recíproca y la extranjería, lo conservamos en español como “vulgata”. [T.]

diferenciación de nuestras lenguas (cuanto más aumenta nuestra capacidad de abstracción, más se especializa nuestro lenguaje). Existe a la vez una capacidad compartida del lenguaje (aptitud común para hablar) y una inevitable dispersión de las lenguas. La “condición rota de las lenguas” es el punto de partida para cualquier reflexión seria sobre el lenguaje.

Pero, como dijo Paul Ricœur, “la ausencia de una superlengua no nos deja del todo desprovistos: nos queda el recurso de la traducción”.³ El objetivo de este libro precisamente es el de proceder, de manera sistemática y con un genuino convencimiento, en “defensa e ilustración” del multilingüismo y la traducción. No a modo de un destino con el que hay que conformarse, como quien se resigna a su suerte, sino como la búsqueda de un camino que hemos seguido cada vez que hemos sido capaces de mostrar apertura, libertad y creatividad. El multilingüismo es una opción, una oportunidad única de enriquecer nuestra concepción de lo universal, y la traducción, lejos de ser una simple técnica auxiliar de comunicación, podría ser más bien el paradigma que necesita nuestro mundo para comprenderse y abordar sus mayores desafíos.

Un nuevo paradigma

Si es cierto que el mundo contemporáneo se representa y produce bajo la forma de una o múltiples *redes*, y que, desde que se proclamó el *linguistic turn* o giro lingüístico, se explica cada vez más en los términos de una pragmática del lenguaje, era previsible que la idea de *redes de comunicación* terminaría imponiéndose como paradigma dominante de las ciencias sociales (incluida la ética, con todo y la “ética comunicativa” de Habermas). Sin embargo, este paradigma de la comunicación toma gran parte de sus presupuestos de la vulgata prebabélica sobre la lengua perfecta: los hombres hablan para transmitirse información y verdades, el lenguaje está compuesto por palabras cuyo sentido lo define el léxico, ese sentido remite a una cosa o idea preexistente, el receptor recibe el mensaje del emisor y reacciona en consecuencia, etc. Todas estas afirmaciones, cuya ingenuidad ha quedado asentada hoy día, son sumamente problemáticas.

Así, parece haber llegado el momento de experimentar una suerte de “revolución copernicana” en materia de lenguaje, y de constatar el desplazamiento del paradigma comunicativo hacia el paradigma de la traducción. Este li-

³ P. Ricœur, “L’Universel et l’Historique”, en *Le Juste 2*, Esprit, París, 2001, p. 282.

bro busca contribuir a la consolidación y profundización de este paradigma traductivo. No obstante, debido a la inercia del modelo comunicativo dominante, a su apego a los fantasmas babélicos y a su vínculo con poderosos intereses económicos y políticos (el lenguaje único de la publicidad y la propaganda), la promoción del multilingüismo y de la traducción muchas veces se ve envuelta en una polémica, como suele observarse en un contexto de confrontación entre paradigmas rivales. Por eso, y desde un principio, asumimos una serie de verdades paradójicas que funcionarán como hilo conductor de esta obra y como muestra de reconocimiento de los pasajeros del arca frente a los huéspedes de la torre.

Presentamos enseguida, y sin mayor reserva, una lista no exhaustiva de esas verdades:

- el episodio de Babel (Génesis, XI) relata un acontecimiento afortunado; la multiplicidad de lenguas es una bendición;
- las lenguas naturales son mucho más universales que las supuestas “lenguas perfectas” que pretenden abolir Babel;
- la traducción se realiza primero y sobre todo en el interior de cada una de las lenguas, antes de operar en sus fronteras;
- lo intraducible es la condición que hace posible la traducción y no la causa de su fracaso; del mismo modo, lo único que en verdad se puede comparar es aquello que es incomparable;
- la traducción es escritura por pleno derecho porque el original siempre es, en mayor o menor medida, de segunda mano;
- no hablamos necesariamente para comunicar, y mucho menos para comunicar información verdadera;
- si es cierto que hay que olvidarse de la traducción perfecta, la creatividad será entonces la característica de las traducciones fieles;
- “la lengua de Europa es la traducción”; el multilingüismo es una ventaja y no un obstáculo para Europa;
- la traducción permite acceder, en el plano ético, a “sí mismo como otro”, más que al otro como *alter ego*. De ese modo, se protege de sus tendencias asimilativas y hegemónicas.

No planteamos esta decena de paradojas por un afán de provocación. Una a una, se nos fueron presentando cada vez que estudiamos a profundidad un aspecto distinto de la cuestión de las lenguas y el multilingüismo. De manera progresiva fueron apareciendo como si estuvieran estrechamente li-

gadas las unas a las otras, formando un sistema, exactamente como las falsas ideas de la vulgata con las que querían acabar. Sus dimensiones, tanto lingüísticas como metodológicas, tanto éticas como políticas, se fueron relacionando y reforzando, precisamente como Thomas Kuhn lo demostró en el caso de los paradigmas en general. Al final de cuentas, el paradigma comunicativo y el paradigma traductivo representan dos maneras opuestas de estar en el lenguaje y, por tanto, de estar en el mundo también. Adoptar uno de ellos es adherirse, poco a poco, a todos los demás: o nos encaramamos en la torre o nos embarcamos en el arca. Elegimos la pureza y el encierro (*torre de vigilancia, torre de control, torre de marfil*), o bien la hibridación y la apertura.

Un recorrido interdisciplinario

La formulación de este paradigma traductivo es el resultado de un largo recorrido interdisciplinario, que aquí trazamos en siete etapas y 11 capítulos.

En la primera etapa, titulada “Babel” (capítulos I y II), se examinarán los fundamentos del imaginario relativos a nuestro tema. Para ello, volvemos a estudiar, de manera más profunda, los nueve versículos bíblicos que son, sin duda, de los más comentados y también mal comprendidos (desde entonces, el malentendido) de las Escrituras. El primer capítulo somete el relato de la torre de Babel a una exégesis rigurosa y evoca las múltiples interpretaciones y relecturas de que ha sido objeto. El segundo analiza las incontables variantes del gran sueño lingüístico de la humanidad, que no ha sido otro que intentar erradicar el trauma de Babel, ya sea creando o redescubriendo una lengua perfecta que diría, para todos, las cosas en toda su verdad.

En la segunda etapa (capítulos III y IV) se ahondará en la cuestión de las definiciones. ¿Podremos contentarnos con sostener que traducir es decir lo mismo en otras palabras? No es tan simple, desde el momento en que la historia de la traducción nos ha enseñado que la línea divisoria entre simple reproducción, traducción y libre adaptación es, por lo menos, fluctuante. Y, sobre todo, desde que la filosofía del lenguaje demostró que la traducción, antes de operar *ab extra*, en la frontera exterior de las lenguas, trabaja en el interior hasta la más mínima de nuestras palabras. De ese modo, nuestra problemática adquiere una dimensión insospechada al principio: descomunal como el lenguaje mismo. Es entonces cuando comienza a sentirse con mayor fuerza todo el peso y la resistencia de la vulgata, que redobla las objeciones contra el multilingüismo y las descalificaciones hacia la traducción.

La tercera etapa (capítulos v, vi y vii) estará dedicada a la refutación sistemática de lo que, como Bachelard, podríamos llamar “obstáculos epistemológicos” (opiniones erróneas emitidas por una teoría amenazada que busca salvaguardar su poder explicativo). Contra la idea muy difundida de que la traducción está inevitablemente destinada al fracaso porque lo esencial (en literatura y sobre todo en poesía) es intraducible, nos dedicaremos a demostrar que precisamente ese núcleo intraducible es lo que caracteriza a la palabra auténtica y, al mismo tiempo, pone en marcha el proceso (iterativo, como la palabra) de la traducción.

Contra el prejuicio tenaz que reduce la traducción a una tarea ancilar (de “segunda mano, mano de obra subordinada”) y condena a los traductores, si no a la invisibilidad, al escarnio, recordaremos que, de acuerdo con Proust y Borges principalmente, el trabajo del autor —como escritor inicial— es desde el principio, y en buena medida, una labor de traductor, de modo que, a la inversa, el traductor aparece como un reescritor.

Y contra la concepción del lenguaje, tan antigua como el *Crátilo* de Platón, según la cual éste se reduce a un inventario de palabras cuyo léxico establece una correspondencia con lo real (las cosas preexistentes o las ideas *a priori*), contra esa *reducción léxica* y su avatar traductivo (la referencia a una supuesta tercera lengua que sería el modelo de traducción para todas las demás), presentaremos algunas de las aportaciones más importantes de la filosofía del lenguaje, la lingüística, la semiótica y la lexicología. Merleau-Ponty, Benveniste, Quine, Wittgenstein, Eco y Alain Rey serán citados uno tras otro para pronunciarse contra esa concepción reductora y a favor de un lenguaje expresivo, creativo e irreductible a cualquier forma de ortología.

En la cuarta etapa del recorrido, una vez que se ha despejado el terreno de la traducción, podremos entonces entrar al taller del traductor (capítulo viii) y estudiar sus métodos de trabajo. A partir de Cicerón nos hemos interrogado: entre la palabra y el sentido, la imitación y la paráfrasis, ¿cuál elegir? Como decimos hoy: ¿hay que ser “exotizador” o “naturalizador”? Y si las dos lenguas-culturas implicadas nunca dejan de evolucionar, y sus léxicos, así como sus enciclopedias, no coinciden jamás, ¿qué sentido habría que darle a la tradicional exigencia de fidelidad que se espera del traductor? Siguiendo a Meschonnic, Bonnefoy, Derrida y Benjamin, nos atreveremos a proponer una reformulación de la idea de fidelidad en términos de responsabilidad y hospitalidad; y, en el mismo sentido de la parábola de los talentos, destacaremos las traducciones “relevantes”, es decir, aquellas que, no conformes con transmitir la obra, le generan una plusvalía.

En esa línea divisoria se nos obliga, sin embargo, a tomar una decisión: seguimos en la ruta especulativa abierta por algunos —principalmente por Benjamin y su célebre texto *La tarea del traductor*—, a riesgo de perdernos en el éxtasis de lo que Benjamin llamó “lenguaje puro”, que se dejaría entrever en el espacio que se abre entre todas las lenguas, o bien, descartamos esta opción (en la que sospechamos el regreso de la represión babélica) y tomamos decididamente partido por el irreductible multilingüismo y su corolario: la traducción también es irreductiblemente imperfecta.

Esta segunda opción, planteada principalmente por Antoine Berman, es de naturaleza ética, y será objeto de estudio en esta quinta etapa. En ésta el duelo de los ideales perdidos se verá compensado por las bondades que da la hospitalidad del lenguaje por medio de traducciones que saben acoger al otro en cuanto otro. Sopesando el dilema del mundo contemporáneo entre las “esferas de justicia” de Walzer y las seis “ciudades” —mundos desprovistos de metaprincipios de arbitraje— de Boltanski y Thévenot, esta opción propone el paradigma traductivo como única alternativa ante la incomprensión y la violencia. La “séptima ciudad” será, por tanto, la de la traducción (capítulo ix). A falta de un universal *a priori*, que se ha vuelto imposible de encontrar, se propondrá un paciente diálogo traductivo que, en el mejor de los casos, abrirá las vías hacia un universal contextual, plural y reiterativo. Y si realmente es cierto que la traducción opera primero en el interior de cada lengua (de cada habla individual), entonces se podrá acceder al “sí mismo como otro” y no sólo al otro como un *alter ego* (asimilación “generosa” que, sin embargo, no descarta del todo el riesgo de una traducción anexionista).

De la ética pasaremos naturalmente a la política, que constituye la sexta etapa del recorrido (capítulo x). Desde siempre la lengua ha aparecido como un instrumento de poder esencial; constituye un elemento central del sentimiento de identidad nacional y representa una piedra de toque sensible a la protección de las minorías. El esbozo de 13 estudios de caso revela las formas muy distintas en que los Estados manejan la cuestión de las lenguas y el multilingüismo que impera, por lo menos en los hechos, casi en todas partes. Desde el monolingüismo purificador de la Turquía de Atatürk (donde el “Informe Grégoire” de la Francia revolucionaria constituye un buen antecedente) hasta el multilingüismo igualitario asumido activamente por la Confederación Suiza las circunstancias son sumamente diversificadas; sin embargo, ningún Estado ha renunciado a tomar parte en su problemática lingüística. Por su parte, ¿podrá la Unión Europea preservar el multilingüismo con el que se identifica desde su origen y resistir a la tentación de “todo en inglés”? Abo-

gamos con vehemencia en ese sentido, con la ayuda no sólo de argumentos culturales, sino de consideraciones económicas y experiencias tomadas de la práctica de la investigación científica.

La séptima y última etapa (capítulo xi), propuesta a modo de conclusión (una conclusión que, desde luego, requerirá nuevos y sustanciales desarrollos), muestra de qué modo la traducción, tal y como se analizó en la obra, puede aspirar a ejercer hoy la función de paradigma en el sentido complejo que Thomas Kuhn le atribuyó a este término. Y encontraremos que varios ámbitos fundamentales de la reflexión y la práctica contemporáneas se prestan particularmente bien a este enfoque traductivo. Enseguida haremos una revisión del indispensable diálogo de las ciencias (interdisciplinariedad), los desafíos de la gobernanza (en busca de una lengua común entre los expertos científicos, los portavoces de la sociedad civil y los representantes políticos), la filosofía política (dividida entre el enfoque universalista de los “liberales” y los lenguajes “establecidos” de los comunitaristas) y el diálogo de las religiones (que, como traducción “interna”, implica de entrada y sobre todo tomar distancia ante cualquier lectura integrista o fundamentalista de su propia tradición). Y, por último, el ámbito jurídico, que es el que nos resulta más familiar, será objeto de un desarrollo más sustancial, pues es, por excelencia, un campo de elección del paradigma traductivo. Cada una de las aplicaciones de este paradigma en un ámbito particular será, por lo demás, motivo de un retorno recursivo a sus premisas, que se irán enriqueciendo y complejizando a medida de sus múltiples puestas en práctica.

Pensar lengua y traducción de manera conjunta

En resumen: una vez que dejamos atrás la alternativa costosa de Babel (la lengua única o el repliegue a los idiolectos), distinguimos el surgimiento de un paradigma de la traducción, acorde a un mundo que se piensa en términos de redes y comunicación. Primero exploramos los fundamentos míticos de este paradigma, los giros históricos, las fronteras conceptuales y los presupuestos lingüísticos; luego dedujimos las directrices metodológicas y las implicaciones éticas, y, finalmente, planteamos las condiciones políticas para su aplicación.

Este paradigma pudo surgir gracias a una reflexión que desde un principio, y de la forma más íntima, relacionó lengua y traducción, pensamiento de la lengua y pensamiento de la traducción. Sólo bajo esta condición la traducción dejaría de ser una cuestión técnica justificable de las recetas de una tra-

ductología aplicada, y las lenguas dejarían de ser objeto de simples inventarios estadísticos. Como lo demuestra la secuencia de los diferentes capítulos, este libro busca unir de manera decisiva la cuestión de las lenguas con la de la traducción.

Primero, por la razón trivial de que la inmensa diversidad de lenguas que hay en el mundo y el multilingüismo que prevalece en la mayoría de los Estados hacen de la traducción el mayor desafío de la comunicación entre los grupos humanos.

Luego, porque entre los sublenguajes especializados de los distintos ámbitos sociales (ciencias, economía, medios de comunicación, artes...), así como entre los diferentes periodos históricos de la lengua, la traducción también predomina como condición tanto de la tradición como del vínculo social (¿qué sería de una sociedad incapaz de acceder a su pasado y fragmentada en sus lenguajes especializados?).

Por último, y sobre todo, porque no importa qué porción de lengua, segmento de discurso, pasaje de texto o extracto de la palabra no sólo está y siempre estará en deuda con la traducción (nunca hablamos *tabula rasa*), sino que está expuesto a la traducción (le hablamos a alguien, empezando por uno mismo, y no hay nada que asegure que seremos comprendidos). Por tanto, la diversidad y la confusión babilónicas no se mantienen en la frontera exterior de las lenguas, sino que operan desde lo más íntimo. De modo que nuestras lenguas no son, en ningún caso, meros datos (representados por el léxico) ni simples hechos de la naturaleza (normalizados por la gramática), o productos finitos separados por fronteras cerradas. Hay redes semánticas transfronterizas que las atraviesan, efectos de sentido, producidos por la historia y la cultura, que las trastocan y las enriquecen. Las lenguas son procesos vivos, están cubiertas de múltiples tensiones, llenas de ambivalencias, cargadas de contrasentidos y aproximaciones, pero también tienen capacidad de ingenio, de distanciamiento y humor. Frágiles y fuertes como la vida misma, las lenguas se dispersan y sobreviven al reproducirse, del mismo modo que se extinguen al dejar de ser habladas. En cualquier caso, la traducción está en el corazón de su desarrollo.

Además, el vínculo entre lengua y traducción también debe pensarse en el terreno político. Compartimos, junto con Claude Hagège y otros, la convicción de que la lucha a favor de la promoción de la lengua francesa es una prioridad de suma importancia; sin embargo —a reserva de caer en un nacionalismo de otra época—, este legítimo combate sólo adquiere sentido, como lo explica Hagège, si se plantea desde la promoción más amplia del multilin-

güismo: lo fundamental es que el mundo continúe pensando y expresándose en diversas lenguas y que éstas nunca sean reducidas a una simple función de servicio. Ahora bien, defender el multilingüismo, sobre todo en el seno de las instituciones de gobernanza mundial y los medios de comunicación como internet, implica colocar forzosamente la cuestión de la traducción en el centro de las decisiones políticas. Por eso es importante darle a la traducción el reconocimiento que merece, proponer una teoría a la altura de sus desafíos reales, fomentar, en el seno de nuestras universidades, la formación de traductores, valorarlos y brindarles un estatus mejor adaptado a sus responsabilidades, diseñar y subsidiar ambiciosas políticas de traducción, tanto en el sentido de acoger obras extranjeras como en el de promover obras nacionales en el exterior.

Pero, en este caso, nuevamente, la vigilancia es necesaria y el vínculo entre política de traducción y reflexión sobre la lengua debe mantenerse constante, pues, aunque bien intencionada y en gran medida subsidiada, una empresa traductiva puede contaminarse por el paradigma de la comunicación y el fantasma babélico de reducción a la lengua única. Tal es el caso sobre todo de los programas de traducción automática, como Systran, construidos a partir de un modelo de inglés sumamente simplificado, o el Globish, al que se le atribuye la función de tercera lengua, y que no deja de producir resultados increíbles. Por ejemplo, ese ejercicio —divertido y blasfemo— al que se dedicó Barbara Cassin al explorar las herramientas del idioma de Google y emplearlas para traducir, del francés al alemán, la frase: “Et Dieu créa l’homme à son image” [Y Dios creó al hombre a su semejanza]. Al cabo de cuatro intercambios entre el francés y el alemán, Google propuso: “Et l’homme à son image a crée un Dieu”,⁴ es decir, “Y el hombre a su semejanza creó un Dios”.

Y ahí tenemos el retorno a la torre.

Al principio fue... ¡el malentendido!

Así, ¡la era de la traducción no ha hecho más que comenzar!

⁴ B. Cassin, *Google-moi. La deuxième mission de l’Amérique*, Albin Michel, París, 2007, p. 237.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre un libro es el fruto tanto de investigaciones personales como de encuentros, discusiones y estímulos exteriores. El primer paso para hacer éste fue la invitación del profesor Jean-Jacques Sueur, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Tolón, a integrarme como expositor en un formidable coloquio que organizó sobre el tema “La traducción en derecho” (que fue publicado por Bruylant en 2008 con el título *Interpréter et traduire*). Más tarde, en la primavera de 2006, tuve el privilegio de que se me otorgara la Chaire Francqui al ser invitado por las facultades de filosofía y teología de la Universidad Católica de Lovaina, y decidí dedicar los seis cursos al tema de la traducción. El proyecto tomaba así una amplitud considerable y se encaminaba hacia la redacción de un libro completo. Otra invitación, la del profesor Mireille Delmas-Marty, para impartir dos cátedras sobre este tema en el Colegio de Francia en diciembre de 2006, me animaría de manera definitiva a cumplir este objetivo. Diversas conferencias, impartidas a lo largo del año 2007, me permitieron continuar mis investigaciones y beneficiarme de muy valiosas discusiones: en enero, en la Real Academia de Bélgica; en octubre, en la Universidad de Lausana, en el marco de un coloquio organizado por el profesor Ute Heidmann sobre el tema “Traduction et imaginaire européen”, y, en el mismo mes de octubre, en mi universidad, sobre el tema “Droit, gouvernance, développement durable. Comment traduire nos responsabilités?” En la primavera de 2008 nuevamente tuve la oportunidad, gracias a la invitación de Florence Richter, de desarrollar mis ideas sobre la Europa de las traducciones en un extraordinario número de la revista *Lectures*, para una sección sobre “Europe et bibliothèques publiques”. Y, finalmente, al cabo de cuatro años de arduo trabajo, me beneficié del apoyo constante de dos seminarios de investigación de mi universidad: el seminario interdisciplinario de estudios ju-

rídicos, que estudia (con el apoyo del Fondo para la Investigación Fundamental Colectiva) la cuestión de la traducción en relación con la construcción de los derechos europeos (agradezco principalmente a Antoine Bailleux y a Michel van de Kerchove), y el seminario interdisciplinario de estudios literarios que trabaja sobre el tema de “traducción y ficción” (agradezco a Sophie Klimis, Isabelle Ost, Laurent Van Eynde y Stéphanie Vanasten). Asimismo, pienso con gratitud en los numerosos colegas, doctorandos y estudiantes que me aportaron referencias muy útiles, compensando así el muy poco tiempo que podía pasar en la biblioteca. Aislado en una isla desierta, sin duda, hubiera gozado de mayor tiempo y calma para escribir este libro... pero ese deseo es tan ilusorio como el de la torre: en tales condiciones, privado de todas esas aportaciones traductivas, este libro simplemente no hubiera existido.

Y, desde luego, agradezco también a Barbara Cassin y a Alain Badiou, que me ofrecieron la hospitalidad —virtud traductiva por excelencia— de su bellísima colección en Éditions Fayard.

Mont-Xhoffraix, 16 de julio de 2008

BABEL

I. Babel narrado: El mito fundador

BABEL: 20 líneas en un libro de 3000 páginas, el libro más traducido en el mundo. Nueve versículos, precisos como un cuento de Kafka, enigmáticos como la poesía de Borges.

Babel: como el eco ensordecido de una antigua leyenda, un espejismo en el desierto, el recuerdo confuso de un proyecto inacabado. Monumental edificio de repente interrumpido. ¿Qué fue, pues, lo que comprendieron los hombres de Babel que, sin más, abandonaron la obra?

Nueve versículos, 20 líneas de un texto fundador que habla del origen de todas las lenguas. La obra, inacabada, no ha dejado sin embargo de obsesionarnos. Ese lugar vacío también es un lugar sobrecargado, repleto de fragmentos, cubierto de múltiples sedimentos. Desde entonces sólo hemos tenido acceso al texto a través de siglos enteros de glosas, malentendidos e interpretaciones más o menos tergiversadas. Todavía hoy en día, en los inicios de este siglo XXI, Babel está en todas partes, como símbolo difuso de la confusión que evoca: una revista e incontables proyectos de traductores toman su nombre, una colección de libros (en Actes Sud), óperas, películas reactivan su potencial mítico. Como si toda la actividad traductora buscara en ese mito una genealogía susceptible de conferirle cierta legitimidad; una referencia paradójica, a final de cuentas, pues desde un principio la traducción pareciera llevar la marca de la maldición: ¿acaso no fuimos “condenados” a la traducción, tras el abandono de la torre, así como Adán fue condenado a la ardua labranza de la tierra tras la expulsión del jardín del Edén?

Por eso es imperativo volver al texto mismo: a las famosas 20 líneas sobre las que se edifican bibliotecas enteras. Cinco secciones conformarán esta crítica genealógica. Primero, se tratará de estudiar el “relato” del texto: descubrir su lugar, muy peculiar, en el hilo narrativo del Génesis, precisar el estatus y el

género que poco a poco se le han ido atribuyendo a esta breve historia, reconstruir la trama compleja de los temas que lo constituyen y, de paso, los estratos históricos de su escritura, así como evocar los efectos de intertextualidad que se hacen visibles en él (puesto que, y éste es otro motivo de sorpresa, bien podría ser que este texto fundador no fuera realmente primigenio). Entonces, estaremos en condiciones, en un segundo desarrollo, de analizar palabra por palabra las 20 líneas del capítulo xi, versículos 1 a 9, del Génesis. El comentario, versículo por versículo, se complementará enseguida con un análisis profundo de algunas de las principales interpretaciones de las que este pasaje ha sido objeto, desde su contexto sociohistórico hasta las especulaciones simbólicas. Entre éstas, nos encontraremos de manera sucesiva con los temas del miedo, el pecado y el castigo; lo inacabado y el olvido; y, finalmente, con la cuestión de la asignación del nombre. Posteriormente abordaremos, de manera más sucinta, algunas de las lecturas de las que el mito ha sido objeto en el curso de su larga historia. Y, por último, habremos de evocar brevemente el relato del Pentecostés tomado de los Hechos de los Apóstoles, en la medida en que la misma tradición exegética clásica que ve en Babel un cataclismo lingüístico pone en el otro extremo el milagro de la unidad recuperada: dos versiones opuestas de un mismo fantasma lingüístico.

Dos tesis nos servirán de hilo conductor en este laberinto de lecturas babélicas (Borges nos enseñó las correspondencias entre torre y laberinto). La primera interpreta Babel como un suceso que ocurrió primero en el seno de la lengua, es decir, *en el interior de cada lengua*; y sólo después, a modo de consecuencia, *entre* las distintas lenguas. El mito adquiere así una profundidad y una radicalidad infinitamente superiores. La segunda tesis, de acuerdo con el progresivo retorno de la hermenéutica babélica, buscará recuperar el sentido general del acontecimiento: la confusión y la dispersión, ahora connotadas de un signo positivo, se interpretarán más como una oportunidad que como una maldición.

Finalmente, y a propósito de un texto que relata la dispersión de las lenguas, no podríamos lógicamente conformarnos con una sola traducción, sin importar cuáles fueran, en cualquier caso, las cualidades que ésta tuviera. De ese modo, elegimos, de entre cientos, cinco traducciones por su pertenencia a distintas tradiciones de pensamiento: la de André Chouraqui, una de las más cercanas al hebreo de origen; la versión de Henri Meschonnic,¹ la más sensi-

¹ H. Meschonnic, "L'Atelier de Babel", en *Les Tours de Babel. Essais sur la traduction*, A. Berman (ed.), TER, Mauvezin, 1985, pp. 17 y ss.; véase asimismo H. Meschonnic, *Éthique et politique du traduire*, Verdier, París, 2007, pp. 133 y ss., y también p. 74: "Para extraer el poema de la Biblia tuve que descristianizar, deshelenizar, deslatinizar, embibliar, enritmar, taamizar (a partir de *ta'am*, el

ble al ritmo de la salmodia del relato; la de la Biblia de Jerusalén latinoamericana, representativa de la tradición católica; la versión de Édouard Dhorme, que tiene el prestigio de la Pléiade, y, por último, la de Hubert Bost, que surge de la espiritualidad protestante. Ahora bien, se trata sólo de un espectro minúsculo de las traducciones contemporáneas en lengua francesa, pues idealmente habría sido necesario —pero ello rebasaba tanto los límites de este estudio como la capacidad del autor— considerar también el texto original, la traducción griega de los Setenta, la de Lutero en alemán, la *Authorized Version* en lengua inglesa y muchas otras más, para ofrecer un panorama que reflejara la riqueza babélica del texto.

El relato

Las 20 líneas del Génesis, xi, 1-9, han adquirido el estatus de relato canónico, de leyenda inmemorial, de mito universal. Esta canonización nos lleva a abordar y comentar el texto como si, caído del cielo, a la vez asteroide literario y fábula divina, no encontrara su sentido más que en sí mismo. Así pues, arrancado de sus raíces y de sus contextos de enunciación y recepción, el relato se presta a interpretaciones edificantes y opone muy poca resistencia a lecturas simplistas. Sólo una paciente contextualización podría ser capaz de restituir su parte oculta, su sombra, rescatando la polifonía de sentido de la que precisamente intenta hablar.

Por tanto, habrá que interrogarse sobre el lugar de este breve relato en la economía general del Génesis, aludir al género o estatus que se le ha atribuido y que determina de manera tan directa el sentido que se le ha dado, y, finalmente, analizar la compleja trama de los temas que aborda, la cual revela las diferentes capas de escritura que lo configuran.

Un error de lectura

En las traducciones clásicas de la Biblia —a diferencia del texto originario de la Torá— se identifica el episodio de Babel con el subtítulo “La torre de Babel”, lo cual tiene como efecto separar el relato del texto general, acentuar su dramatización y recurrir a una conclusión a manera de moraleja. La estructura normativa clásica (estado inicial/pecado/castigo), claramente presente en

gusto por aquello que tenemos en la boca) para transmitir los acentos rítmicos que constituyen la esencia misma del texto”.